

Invocando y evocando nuevos inicios

Ángela Barrera

Una vez más nos reunimos subjetivamente como grupo en el punto más elevado del año espiritual, el período de los Tres Festivales Mayores, y que se inicia con la Pascua, el Festival de la Resurrección, porque con el solsticio de invierno se han vivificado las semillas de la vida en el corazón de la humanidad.

La fiesta judía de la Pascua deriva de los capítulos XII y XIII del Éxodo que describen la salida de los israelitas de Egipto, así como la larga marcha de cuarenta años por el desierto de Sinaí hacia la Tierra Prometida. Para Filón de Alejandría, como para todos los judíos, la Pascua recordaba la salida de Egipto, pero representaba también el «*pasaje* del Alma del mundo de los sentidos al de la razón».¹

La fiesta cristiana de la Pascua se establece durante el siglo II. El *pasaje* abarca, por el Bautismo y la Eucaristía, desde el pecado y la muerte hasta la gracia y la vida. Clemente de Alejandría añadía que Cristo era él mismo la Pascua, el *pasaje*, la Vía. Desde entonces la fiesta se centra en la Resurrección y se expresa mediante la idea de una travesía, un ir más allá, un acceder a un nuevo mundo. Si la fiesta es una figura de la creación, como piensan los sociólogos², la Pascua cristiana es por excelencia la imagen de la re-creación del universo.

Esotéricamente, el Festival de Pascua se sitúa en el primero de estos puntos cardinales del ciclo anual que son los equinoccios y los solsticios en cual nos encontramos, dispuestos a participar conscientemente en este movimiento cíclico espiral hacia el centro en el que la vida fluye en ocasos y amaneceres, porque toda la manifestación es una danza entre pares de opuestos, la danza de Shiva, en un movimiento cíclico; es la perfección, el equilibrio y la armonía, la Voluntad-al-Bien que, al manifestarse, toma todas las formas posibles, y no hay olor, color, sonido, que no esté incluido en ella. Silencio y sonidos, finales y principios, en una búsqueda incansable de formas que expresen mejor la Belleza, la Vida; sístole y diástole del corazón cósmico de Aquel en Quien vivimos, nos movemos y tenemos el ser. Como nos recuerda H. P. Blavatsky:

Durante el período solar manvantárico, o vida, hay una circulación regular del fluido vital de un extremo al otro de nuestro Sistema, del cual el Sol es el corazón, como la circulación de la sangre en el cuerpo humano, contrayéndose el Sol tan rítmicamente como lo hace el corazón humano después de cada vuelta de ella. Sólo que, en vez de ejecutar su curso en un segundo, aproximadamente, la sangre solar emplea diez de sus años para circular, y un año entero para pasar por su aurícula y ventrículo antes de que ella bañe los pulmones y vuelva a las grandes arterias y venas del Sistema.³

Esa circulación del fluido vital tiene lugar en el plasma espacial, la contraparte más burda de una sustancia eléctrica más radiante, a la que generalmente se hace referencia en los textos esotéricos como el *éter*. Y es el aspecto activo de este éter el que forma el verdadero flujo circulatorio divino o corriente sanguínea de la entidad cósmica desconocida. La física cuántica ha confirmado que el espacio vacío es realmente un “vacío vivo”, que vibra, según ritmos infinitos de creación y destrucción. Este gran vacío vibrante de energía es denominado *éter* por el Tibetano: «Esta palabra [éter] es un término genérico que abarca el cúmulo de energías interrelacionadas, constituyendo el cuerpo sintético de energía de nuestro planeta».⁴ «Esotéricamente, ésta es la forma moderna de expresar “las aguas del espacio”, es decir, las aguas del deseo, en las cuales estamos sumergidos».⁵

Términos como el de “las aguas del espacio” y “las aguas del deseo” son formas antiguas pero efectivas de describir el éter como un medio creativo que se transforma en un fluido eléctrico activo cuando es impregnado por la voluntad cósmica y el deseo. Verdaderamente, leemos en el Génesis que “el Espíritu de Dios se movió sobre la superficie de las aguas”, y así empezó la historia de la Creación.... El deseo, cósmico o mundano, es una fuerza animadora y su presencia en el éter universal genera movimiento y resulta en creatividad de algún tipo.

Cuando la voluntad y el deseo de una vida cósmica impregnan el éter, la presión hacia abajo de estas ondas cósmicas funde pizcas de éter en cargas eléctricas. La idea cósmica es así propulsada en un estado plasmático volátil tras el cual posteriormente se estabiliza para después vestirse y ocultarse en una vestidura de materia física, líquida y gaseosa.⁶

Realmente vivimos en este éter superior y espiritual, sumergidos en sus ardientes capas.

Movimiento cíclico, deseo y Voluntad

Este movimiento generado por el deseo y que resulta en destrucción de formas caducas y creación de otras nuevas que respondan mejor al Propósito, este girar infinito, ha sido reflejado en muchas tradiciones con el símbolo de la rueda. Siendo el símbolo de la rueda la expresión del movimiento y la multiplicidad, también lo es de la inmovilidad original y la síntesis final. Es también el símbolo de la expansión y la concentración, de la diástole y la sístole, de la aspiración y la expiración del ser humano o del universo, es decir, tanto de lo microcósmico como de lo macrocósmico, porque en la vida que nos rodea, de la que formamos parte, todos son círculos, esferas, ruedas, ciclos que, existiendo simultáneamente, se interrelacionan entre sí, distribuyendo energía en el divino flujo circulatorio.

También tenemos los símbolos que expresan verticalidad y horizontalidad. Ente los símbolos que manifiestan la verticalidad encontramos el árbol (asociado a la vida y a la generación cíclica), la montaña y también el ser humano. Hemos extraído todos nuestros conocimientos, toda nuestra cultura, de un modelo simbólico revelado, que es la proyección de la energía vertical al crear un plano horizontal (un grupo, una sociedad, una civilización) que en su movimiento cíclico es reintegrada a su ser original. El eje central, vertical, enlaza una cadena de mundos o planos de manifestación horizontales (uno de los cuales es nuestro mundo o nuestra vida) en la variedad indefinida de mundos y vidas, de ciclos dentro de ciclos, llevando implícita la idea de movimiento. Y es en ese eje vertical donde tiene lugar un proceso de llamada y respuesta, de búsqueda y revelación, de penetración y participación. Todas las fuerzas reunidas en un punto de tensión tan invocador que hace posible avanzar hacia la raíz de ese árbol o eje, hacia la esencia; y con cada avance penetramos en un nuevo plano vertical, un nuevo mundo del ser, guiados por la Voluntad de llegar a ser lo que ya somos: *Yo soy ese Yo soy*.

Porque «De acuerdo a la ley cíclica hay períodos de exteriorización y de abstracción, de servicio progresivo hacia la periferia de actividad y además una consciente abstracción de la conciencia desde el círculo externo hasta su nueva centralización en el propio corazón de la vida».⁷ Y en ese pulso cíclico son necesarios dos poderes «una aspiración constante e infalible que llama desde abajo y una Gracia suprema que responde desde lo alto».⁸

Así, en un caminar infinito, nuestro siguiente paso es acercarnos al quinto reino, el Reino de las Almas, «la superficie incandescente de la materia sumergida en Dios»⁹ abriéndonos a su influencia para participar más plenamente de esa fiesta creadora a fin de que la vida fluya y nutra a todas sus criaturas. Y al mismo tiempo, por la Ley de Equilibrio o armonía, nuestro plano de manifestación horizontal difuminará sus contornos revelando que está contenido dentro de otro mayor, más amplio e inclusivo, lo que nos lleva a experimentar progresivamente que nuestra vida como seres humanos es parte de ese gran organismo que es la humanidad. La humanidad, mediadora entre los reinos superiores e inferiores, «constituye hoy un maravilloso receptor de impresiones, debido a los innumerables tipos de mecanismo sensible. ...Si quisieran, dichos grupos podrían ser capaces de invocar *poterosamente* a la Jerarquía Espiritual».¹⁰

Vemos entonces que, además del deseo como factor generador de movimiento y de creación (pues «todo lo que existe es creado por la meditación y el deseo»¹¹), en una vuelta superior de la espiral, se encuentra la Voluntad o intención fija y consciente para invocar, porque «la intención enfocada, la meditación concentrada, la invocación dirigida (que produce evocación), que como resultado traen respuesta, constituyen los procesos principales de la creación en todos los niveles y por todos los seres».¹²

Por medio de la meditación, nos acercamos a las energías de esos mundos o planos superiores que emanan de nuestra desconocida y presentida esencia. «Toda la Ciencia de Invocación y Evocación está contenida en la palabra “meditación”».¹³ Así, el clamor de lo que anhela ser elevado despierta la fecundidad de lo que quiere

elevanto y por medio de la meditación, las energías de esos mundos o planos superiores y que emanan de nuestro ancestral y desconocido origen, se derraman plenas de dicha y bienaventuranza alumbrando ideas, acuerdos, encuentros, y así vienen a la manifestación formas más bellas.

El equinoccio de primavera nos abre la puerta de acceso a otras realidades tanto más efectivas cuanto menos distorsionadas por el espejismo y la ilusión; ascendiendo por la escala que nos proporciona la meditación, en el ciclo menor que representa cada día, podemos unirnos a las potencias superiores y recrear con ellas una nueva realidad si nos mantenemos en el centro en el que se funden lo vertical con lo horizontal disolviéndose en la síntesis. La meditación generará una afluencia espiritual en los centros etéricos que circulará suavemente por el aura para ser dispensada sabiamente, como un perfume, a nuestro alrededor. Así participamos de esa divina corriente circulatoria haciéndonos eco del Corazón divino, latiendo con su pulso, invocando y evocando. «La rueda planetaria de la vida hace girar, en escala menor, la rueda de la vida del pequeño peregrino denominado humanidad; a medida que gira, impele la vida del Logos Planetario evolucionante a nuevas formas y experiencias, hasta que el fuego del Espíritu quema todos los fuegos menores».¹⁴

En el momento del Plenilunio de Pascua, en este comienzo de un nuevo ciclo, el grupo unido y con intención masiva, desplegando los pétalos de la rosa del corazón para amar y dar, y utilizando la Gran Invocación como «un poderoso instrumento solar, destinado a crear los cambios y reajustes necesarios»,¹⁵ puede invocar la energía procedente de las Fuerzas de Restauración, que bajo la dirección de los Maestros de Sabiduría y la supervisión del Cristo, proporcionará el impulso necesario para que el espíritu de la humanidad resucite del materialismo y del temor, y se abra paso hacia una vida más abundante. La vida se expresa en movimiento, fluye sin cesar, siempre nueva; ciclos que se entrelazan formando un tapiz incandescente en el espacio y en el tiempo; latimos con el corazón cósmico en un pulso invocador y evocador.

Dispongámonos como grupo a acoger al Espíritu de Resurrección y a las Fuerzas de Restauración y por el *pasaje* que es la Pascua, entrar en un nuevo ciclo de oportunidad y servicio.

¹ Orígenes et. al, *Sobre la Pascua. Revista Cielo y Tierra, N.º 11* (Barcelona: Arbor Mundi), 99.

² Se vea por ejemplo Waldemar Cudny, *Festivalisation of Urban Spaces* (Suiza: Springer, 2016).

³ Helena P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta, Vol. 2* (Buenos Aires: Kier, 2013), 278.

⁴ Alice A. Bailey, *Telepatía y el Vehículo Etérico* (Buenos Aires: Fundación Lucis, 2003), 10.

⁵ Alice A. Bailey, *Tratado sobre Magia Blanca* (Buenos Aires: Fundación Lucis, 1987), 199.

⁶ *El Puente Eléctrico* (https://www.lucistrust.org/es/the_electric_bridge/the_cosmic_bloodstream/the_cosmic_bloodstream_part_3).

⁷ Alice A. Bailey, *Discipulado en la Nueva Era, Vol. 2* (Buenos Aires: Fundación Lucis, 2012), 109.

⁸ Sri Aurobindo, *La Mère* (Paris: Adyar, 1950), 7.

⁹ Pierre Teilhard de Chardin, *El Medio Divino* (Madrid: Editorial Trotta, 2008), 87.

¹⁰ *op.cit.*, *Telepatía*, 72.

¹¹ *op.cit.*, *Discipulado en la Nueva Era, Vol. 2*, 191.

¹² *Ibid.*, 200.

¹³ *Ibid.*, 178.

¹⁴ Alice A. Bailey, *Astrología Esotérica* (Buenos Aires: Fundación Lucis, 1962), 511.

¹⁵ Alice A. Bailey, *La Exteriorización de la Jerarquía*, (Buenos Aires: Fundación Lucis, 1968), 121.